

Educación en las calles de América Latina: Palabras de profesionales

Agathe de Chassey

Traducido por Luisa Bonilla

Introducción

“no se te olvide mirar si el que se rehúsa a caminar no tenga un clavo en su zapato¹”

Desde las primeras apariciones de las ciudades y alrededor del mundo, en todos los continentes, del norte al sur, niños, niñas y adolescentes han estado obligados a sobrevivir en las calles; donde han sido empujados por la extrema pobreza de su entorno familiar. Los niños y las niñas se han apropiado de este espacio donde viven entre la libertad y la precariedad. Pero durante siglos, en la mayoría de las civilizaciones tradicionales, los adultos de la comunidad tenían el deber-ya sea por un imperativo social o religioso- de auxiliar las necesidades en alimentación, vestido y educación de todos estos desarraigados.

Sin embargo, no es el caso actualmente en los países del sur, América Latina, África y Asia. Desde la mitad del siglo XX estas regiones han conocido un éxodo rural masivo que ha lanzado una generación, tras otra, de campesinos arruinados agrupados en círculos concéntricos más y más vastos, alrededor de metrópolis gigantescas en construcciones efímeras e insalubres.

Según las proyecciones de la ONU, 70% de los habitantes del planeta serán urbanos en 2050, lo que representará 6,4 billones de ciudadanos². En América Latina, los 70 millones de ciudadanos de 1950 son actualmente 400 millones, con un crecimiento aproximado de 2% por año³. Dentro de esta población urbana, una fracción todavía creciente-100 millones en el

¹ Fernand DELIGNY, *OEuvres*, L'Arachnéen, Paris, 2007, p. 129.
16 ÉDUQUER DANS LA RUE

² *Perspectivas de la urbanización mundial – « Revisión 2007 »*, ONU, New York, 26 de febrero 2008.

³ *Human Development Report*, ONU, New York, 2006. INTRODUCTION 17

mundo estimamos- son niños y niñas a su suerte, sin apoyo, sin educación, sin trabajo, sin referencias y sin sueños accesibles; en sociedades que han perdido, por la fuerza de las cosas, las reacciones solidarias de antes.

En la gran mayoría de los casos, los Estados nacionales de los países del Sur no buscan realmente mejorar esta situación. En principio tienen pocos medios para enfrentar la pobreza endémica y masiva que va en aumento. Y la esencia de sus políticas consiste, sobre todo, a desarrollar el sector moderno urbano en beneficio de la clase media. En consecuencia, desde el punto de vista de las administraciones de renombre de estos países, el problema de la infancia en las calles es ciertamente bastante incómodo, pero secundario. Tenemos la tendencia a no ocuparnos de ellos, siempre y cuando no afecten el turismo. Ahí es cuando, se barren las calles de pobres, de estos niños y niñas, y en el peor de los casos cerramos los ojos ante los abusos y los asesinatos como una solución radical utilizada por las milicias paramilitares.

Para intentar de aligerar los sufrimientos de estos jóvenes, y proponerles un futuro digno, todavía tenemos el sistema de organismos internacionales y de ONG especializadas. Es un sistema multinacional y casi industrial a la medida de estos millones de niños, niñas y adolescentes a “tratar” en las calles del mundo, que se ha establecido progresivamente con sus reglas y burocracia desde hace más de cincuenta años. Es un sistema de seis actores:

- El simple donador del país desarrollado
- Los Estados de los países desarrollados
- Los recaudadores de fondos que recolectan las donaciones
- Las ONG locales o multinacionales en los países del Sur
- Los educadores locales, asalariados de estas ONG
- Y finalmente “los niños y niñas de las calles”.

Entre todos estos actores, el vínculo decisivo es el de los educadores de las calles, que están en contacto permanente con los jóvenes y son los más susceptibles a conocer

verdaderamente sus necesidades. Este libro se basa en los testimonios recogidos en las calles de México, Honduras, República Dominicana, Guatemala, El Salvador y Colombia. Una encuesta realizada en una zona geográfica, ciertamente reducida frente a la mirada de millones de otros jóvenes de Asia, África y América Latina. Pero más allá de las particularidades, existe una universalidad en estos testimonios.

Queremos resaltar especialmente la grave fractura que se ha cavado entre estos educadores de las calles y la superestructura administrativa, que los ignoran y los emplean. Esto conlleva al riesgo de que las adecuadas respuestas a las necesidades de los jóvenes no sean más escuchadas, y que todo el “sistema” no tenga más que como función principal (resaltando este rasgo), mantenerse a él mismo, manteniendo los jóvenes en las calles que se convierten en adultos en las calles. En fin el sistema patina y se vuelve parásito.

Pero destacar lo peor no es una fatalidad o una rectificación y un cambio puede producirse.

¿Éste es un asunto exclusivo de los especialistas? Todos tenemos la tendencia a no integrar el creciente fenómeno de los jóvenes en las calles, siendo éste una característica ineludible, una de las múltiples expresiones de la disfunción del mundo, que es encomendada a los especialistas profesionales. Tan superficial, como cuando confiamos nuestros desechos domésticos a empresas especializadas.

En Manila capital de Filipinas, los niños y niñas se refugian por la noche, en los cementerios donde duermen en las tumbas y se reúnen en pequeños grupos para drogarse. Esta fuerte imagen debe recordarnos que es cada uno de nosotros, dejando pasar el mundo como va, que programamos estos pequeños muertos vivientes.

Debemos quedarnos escandalizados.

Este libro se dirige a todos aquellos que se sienten confundidos que no se trata de un asunto a debatir entre especialistas, pero es un tema esencial que compromete la humanidad.

Se dirige a todos los anónimos que realizan donaciones generosas que no tienen siempre los medios para saber cómo estos son empleados, a los turistas de paso, a los educadores de las calles, por supuesto. Estos profesionales que trabajan en la sombra con escasos recursos, lejos de la escena mediática, con un sentimiento de frustración, como lo veremos más adelante, y que sacan de su práctica análisis bastante pertinentes. En fin a todos los financieros de los programas educativos para los niños y las niñas de la calle, los recaudadores de fondos, los administradores de las ONG, los directores de las instituciones, todos estos enlaces indispensables. Y sobre todo a aquellos que pasan bastante tiempo en sus oficinas a contabilizar las operaciones, perdiendo el vínculo esencial con el campo: los educadores, los jóvenes de las calles y con la vida simplemente, sus contradicciones, sus dudas, sus conflictos y sus búsquedas.

Pero ante todo intenté, en este libro, promover el sentir del educador de las calles como materia misma de una reflexión; con el fin de mejorar nuestra práctica con los adolescentes de las calles. Lejos de parasitar la relación con los jóvenes, el afecto hace parte de los riesgos tomados al trabajar con ellos, y por falta de análisis a estos movimientos del corazón, pasamos por encima de la realidad cotidiana que los acompañan. Estamos en una sociedad donde lo razonable y racional prima sobre lo que se siente hasta negarlo. Se trata para mí de reivindicar, como una cualidad, la capacidad de congobernarnos por lo que nos rodea.